

Aunque se le han hecho muchas alusiones ya en el curso de la obra, es un deber y un honor dedicar un recuerdo especial y de

Vida lugareña

ZAPATEROS

Y

ZAPATERÍAS

despabiló su mirada para iniciarlos en las fuentes del conocimiento, pues las zapaterías fueron los puntos de reunión y contacto de los hombres antes de la existencia de los casinos y el cenáculo de instrucción incipiente, con el método rudimentario de la lectura del periódico en alta voz, muchas veces a tropezones, y los comentarios motivados por las noticias publicadas.

Revividas ahora aquellas escenas y aquel ambiente con la madurez de juicio que dan los años, se comprende la influencia y la importancia que aquellas reuniones tuvieron en la evolución de la vida local.

Mi padre, siendo gañán, estuvo muy ligado al artesanado desde que lo recuerdo y en especial a este gremio del tirapié. Por eso y por la costumbre de que los padres llevaran a los chicos *ya descagalados* a las reuniones de los tíos, he conocido y tratado a los del gremio, tanto a los de abajo como a los de arriba y conservo con sus descendientes, seguidores o no de la lezna y de la garlopa, -Heliodoro Sánchez, Alfonso Atienza, Luciano Carretero, Fernando Alcáñiz, Fernando Vaquero, los del tío Trinidad de las Cenjoras, Santiago Mínguez y otros muchos ya fallecidos-, la buena amistad nacida alrededor de la mesa del truque y de la lebrilla del zurra.

Cuando más lo pienso menos comprendo aquella abundancia de zapateros en Alcázar y se explica menos su categoría, porque no eran meros remendones. Y todavía menos en aquella época que enterraban a la gente con las botas de casarse, aunque se muriera de vieja.

El zapatero lo era de verdad y en esta

obra hay pruebas de ello. No vendía nada. Compraba los materiales y hacía el calzado a medida y por encargo. Tenía puerta a la calle, pero no puerta de tienda sino de taller.

Todavía recuerdo con asombro el taller de Francisco Vaquero, el padre de Inocente y de Jesús, de donde creo que salieron todos los oficiales de primera, que fueron muchos, pues la lista es numerosa. Francisco Vaquero Marcos de León, y Dolores Lozano Paniagua, su mujer, fueron los engrandecedores de nuestro arte zapateril, elevándolo a una altura increíble. Sobrina ella del Zapaterillo, de quien Francisco era oficial, en la calle Resa, mujer excepcional, de buena madera y duros principios, que tanto hacen en la vida. Nació en Pedro Muñoz, donde vivía, casada, una hermana del Zapaterillo y al enviudar, se trajeron aquí a la chica de donde ya no saldría jamás.

La casa del Zapaterillo -Manuel Paniagua Rivas- lo fue el número 6 de la calle Resa, aunque también lo fue la número 4 duplicado. La heredó de una hermana -Cecilia-, moza vieja que murió el año 80. Estos hermanos se habían hecho testamento el uno para el otro por estar el Zapaterillo viudo y sin sucesión. Los padres de éstos se llamaban Sebastián y Cándida.

Encontrándose bastante delicado Manuel, el 2 de diciembre del año 84 y teniendo 62 de edad, hizo